

La 'olla podrida', una historia de amor



EL TELESCOPIO

ROMÁN
PIÑA HOMS

HACE pocos días se presentó con todos los honores en el salón de sesiones del Consell de Mallorca, una preciosa edición de la *Olla podrida*, manuscrito de Agustín de Torrella, que a modo de noticiario de la época —finales del XVII y principios del XVIII— escribió el mencionado personaje, recogiendo y continuando las crónicas de su padre Juan de Torrella. La obra siglos después ha sido transcrita por su descendiente Joaquim Gual de Torrella y Truyols, a través de un ejemplar ejercicio de amor y, fallecido éste, como el amor es contagioso, ultimada con la misma entrega amorosa por su hija María Gual de Torrella Massanet, y editada con particular esmero por el Consell de Mallorca.

El acto de presentación, en cuyo desarrollo intervinieron, además de María, dos co-

«Es una de las mejores crónicas de nuestro pueblo, escrita por gente cultivada que amaba su tierra»

laboradores, como la paleógrafa Esperanza Beltrán y el historiador Eduardo Pascual, resultó espléndido, digamos que a tono con la obra presentada. Como era de esperar, arropando a los presentadores estaba toda la numerosa familia Gual de Torrella. El viejo patriarca, Xim Torrella, estoy seguro de que desde alguna ventanuca de allá lo alto les contemplaba orgulloso y complacido. También arropaban la celebración numerosos amigos, así como buena parte de los miembros de la Real Academia Mallorquina de Estudios Históricos que él durante varias décadas supo moralmente presidir, proyectando en ella su «saber estar».

¿Y qué contiene la *Olla podrida* de los Torrella? Pues no es, como su nombre indica, un *cuinat bollit de carn i verdures*, ni

como solemos decir metafóricamente, la historia de una simple *confabulació de gent grossa i petita*. Es una de las mejores crónicas de nuestro pasado, escrita por personas cultivadas, que amaban su tierra y sus instituciones y que no cedieron ni a la mentira ni a la manipulación en la exposición de los hechos, de algunos de los cuales fueron protagonistas, como la rendición de la plaza de Alcúdia sin un solo disparo al ejército borbónico. No olvidemos que Agustín de Torrella capitán de la famosa compañía de arcabuceros denominada *dels Doscents*, tuvo que ser pieza clave del vergonzante episodio.

Como crónica de una época, la *Olla podrida* supo colocar en su dimensión adecuada una serie de acontecimientos, como el de la muerte, sea del obispo, del capitán general o de Margalida Martorell, la doncella de *ca medo Coloma, jove de gran virtut*, vecina de los Torrella; *las festes de cavalles en el Born*; los desafíos y las bodas; la entrada en religión o en congregaciones, como la del *Esperit Sant de la Companyia de Jesús*; las procesiones, el destierro de canónigos conspiradores, o la minuciosa operación de poner a buen recaudo —como lo más valioso y al mismo tiempo indefenso— a dos centenares de monjas de los conventos de clausura, cuando la llegada de una poderosa flota enemiga que ha bombardeado Barcelona y Alicante, permite suponer el desembarco y posterior saqueo de Palma. No olvida otras situaciones dramáticas, como el incendio del *for de vidre del Camp de sa Llana*; el despido multitudinario a fray **Antoni Llinás**, que marcha con destino hacia México, donde fundará el colegio apostólico de la Santa Cruz de Querétaro, germen de las futuras misiones franciscanas en Nuevo México, California y Texas; ni los autos de fe, contemplados sin odio ni desprecio hacia los judaizantes, para los que no falta una oración, al tiempo que se patentiza el sentimiento de un cristiano viejo, pidiendo a Dios la gracia de no descarriar en sus creencias, algo diametralmente opuesto al difamatorio libelo del tristemente famoso padre **Francesc Garau**, publicado por aquellos años.

Pero hay algo más que costumbres y crónica negra en la *Olla podrida*. Se recoge también en sus páginas una cruel guerra ci-

vil, como fue en Mallorca la llamada Guerra de Sucesión española. Quiso recordárnoslo la presidenta del Consell, **Francina Armengol**, en el acto de presentación del libro y, como es habitual entre la clase política, llevando el agua a su molino, para recordarnos las maravillas «identitarias» de nuestro pueblo, que tras aquella guerra perdería sus instituciones medievales de autogobierno y caería bajo la castellanización. Lo que no recordaría, y valga también como timbre identitario, es el eterno comportarse de nuestras gentes, que en 1706, desleales Felipe V, su monarca legítimo, protagonizan una vergonzosa capitulación ante los austracistas, para pocos años después, en 1715, asumir otra no menos vergonzosa ante los botiflours. Fuimos y somos un pueblo en extremo acomodaticio, por no utilizar palabras más sangrantes. Esto también forma parte de nuestra identidad. Hoy, además, se nos vende aquella guerra civil como la del derrumbe de nuestra autonomía frente al centralismo borbónico. No quieren recordarnos que los Borbones representaban el

«Fuimos y somos un pueblo acomodaticio, por no usar palabras más sangrantes. Esto también es identitario»

progreso y la apertura a la modernidad. Y es que nuestra actual progresía, secuestrada por la caverna nacionalista, no se entera, o mejor dicho, no quiere enterarse de cuanto no le conviene. Armengol no recordaría en su discurso, por ejemplo, que los Torrella, que eran gente culta, a finales del XVII ya escribían indistintamente en puro *espanyol* y «puro mallorquín» como así califican su expresarse en ambas lenguas; como tampoco recordaría que los tan denostados Decretos de Nueva Planta, consecuencia de aquella guerra civil, nada hablaban de castellanización, pero sí de suprimir una administración autonómica corrupta y obsoleta. Mucho ganaría la progresía, con Francina incluida, simplemente con no olvidarlo. Al menos demostraría saber historia.



LA TELARAÑA

JUAN PLANAS
BENNÁSAR

Los puentes del pánico

VER A Santiago Calatrava revoloteando por los juzgados de Palma, con el ovillo rijoso de sus proyecciones malabares a cuestas, me recuerda que hace poco visité el palacete, escudo heráldico incluido, que se construyó en una privilegiada esquina de la Plaza de La Virgen, en Valencia. Aquellos polvos. Estos lodos. El esperpéntico *Bou* en los lares ilustres de Pedro Serra y la maqueta de un Teatro de la Ópera al que sólo le falta el holograma atormentado de Jaume Matas en el papel estelar de Quasimodo.

Porque se supone que la especialidad de Calatrava son los puentes de elíptico recorrido, esos que sirven, igual, para la práctica de deportes extremos que para recordarnos que no siempre la línea recta es la distancia más corta entre dos puntos. Pues no. El que hizo en Venecia, por ejemplo, me dicen que resbala y se tambalea que es un temblor y un palpito de vértigo, un viaje similar al de un tren del pánico en la noria diabólica de una feria infernal, un convulso paseo por el filo de un alambre. El funambulismo por norma. Y las normas por montera.

Pero, si ya puestos, desean encargarme algo útil, mándenle dibujar —piedra a piedra— ese puente, tan necesario como difícil, entre Valencia y Mallorca, pero eso sí, que lo inaugure él mismo, montado en un convoy infinito de tráileres repletos de planos, maquetas, voladizos y esculturas fuera de contexto. Por si las moscas. Y por si aguanta.

TRIBUNA / JAIME MERCANT SIMÓ

Los pecados de Jesús Murgui

HACE YA unos días que ha vuelto a empezar otra cansina campaña contra nuestro obispo de Mallorca, Jesús Murgui. Es cansina porque siempre se dicen las mismas cosas; porque siempre las escribe el mismo paparazzi; y porque siempre está respaldado y, sobre todo, animado por las mismas «fuentes eclesísticas», que aunque anónimas, todos los curitas de Mallorca sabemos quiénes son. En realidad son unos pocos, aunque, eso sí, con un capitán y un tambor. Nos dicen, sin tener ni puñetera idea, que el obispo se va de Mallorca, en concreto a Orense. Puede que este año acierten, ya que el reloj parado da bien la hora dos veces al día. Lo que más me preocupa no es su presunto nombramiento, es el reiterado ataque hacia su persona. Para conocer un poco más a este «abominable» obispo, vamos a hacer un repaso de los pecados de que hace gala.

Primer pecado: tiene un vicario general, Lluç Riera, que, por cierto, también sabe soportar las críticas estoicamente. Normalmente suelen criticar al vicario general aquellos que les gustaría serlo. Me recuerda esto a los que siempre han criticado a los canónigos, pero cuando lo han sido se han tenido que callar como meretrices.

Segundo pecado: es un obispo tímido. A mí personalmente no me parece tan tímido; pero si lo es, ¿qué pasa? ¿Es que no se puede ser tímido y un buen obispo? De Benedicto XVI también critican su timidez y el pontificado actual es una verdadera gracia de Dios. Incluso algunos curas de Orense, sin conocer a Don Jesús, han opinado desfavorablemente. Supongo que son cuatro gatos los que opinan así, pues la Diócesis en bloque, después de un año de sede vacante, pide urgentemente un obispo. Pero si es verdad que la mayoría

de los curas de allí opinan igual, esta sería la explicación razonable de por qué hace un año que no tienen obispo.

Tercer pecado: habla en valenciano. Esto sí que es un pecado y mortal. Don Jesús le tendría que haber dicho a sus padres que le enseñasen a hablar con el acento barcelonés o gironés; vería así como en Mallorca no tendría ningún problema lingüístico.

Cuarto pecado: el mal gobierno. Este es un punto que me desconcierta, porque los que afirman que la iglesia es una dictadura son los mismos que dicen que en Mallorca hay un vacío de poder. No obstante, es en lo único que estoy de acuerdo con ellos; hay un mal gobierno. Pero ojo, el mal gobierno puede ser causado por el gobernante, pero también por los subordinados que no se dejan gobernar.

Quinto pecado: su vaguería. Acu-

san a Murgui de que no sale de Palacio; que se pasa las horas muertas frente al televisor. Pues yo creo que si todos los curas de Mallorca tuviéramos la agenda laboral la mitad de llena como la de Don Jesús, Mallorca se quedaría sin paganos. Es fácil criticar al obispo en este aspecto mientras se da un paseo sacerdotal por las ramblas y, luego, se termina tomando un cappuccino en el Paseo marítimo.

He dejado para el final el principal pecado de nuestro prelado. Creo que es, en realidad, el más grave. Es la fuente de todos sus problemas y de la Diócesis. El pecado es que es demasiado bueno. Si yo fuera el obispo, al tener bastante mala uva cuando me enfado, hubiera cortado de raíz el problema quitándoles la nómina a todas las «fuentes eclesísticas» que solamente se preocupan de fastidiar al obispo y a nuestra Diócesis.

Finalmente, quiero decir que el día que Murgui nos deje, y de esto estoy bien convencido, todos le echaremos de menos. Pero el cariño, hermanos, debe ser actual y no póstumo.

Jaime Mercant Simó es vicario de Sóller

No vayas a llorar, que tu mamá tiene que irse a trabajar

Apadrina
tú también
Son sólo 0,70€ al día.
902 19 19 19
www.intervida.org

FUNDACIÓN
INTERVIDA